

LIBRO SEGUNDO.

EL PROTESTANTISMO LIBERAL.

CAPÍTULO PRIMERO.

TRASFORMACION DEL PROTESTANTISMO ORTODOXO.

§ I.—Orígenes del movimiento liberal.

¿Qué es el protestantismo liberal y de dónde procede? La esencia de la ortodoxia es la creencia en lo sobrenatural, es la idea de una revelacion milagrosa: Jesucristo es considerado como el Hijo de Dios, coeterno con el Padre. De aqui se deriva una serie de consecuencias que constituyen el catolicismo, y que, á lo ménos como voto, se hallan en el protestantismo ortodoxo, á saber: misterios, ó un conjunto de dogmas cuyo órgano es la Iglesia, y medios sobrenaturales para procurar al hombre una salvacion sobrenatural. El protestantismo ortodoxo es en todo lo contrario de la ortodoxia; no ha formulado hasta ahora un sistema de creencias, y hasta rechaza toda profesion de fe como una cadena forjada por la Iglesia para dominar á los hombres y que traba el libre movimiento de las almas hácia Dios. Los protestantes liberales rechazan lo sobrenatural, niegan el milagro y desechan el misterio. Jesucristo como hombre, una revelacion permanente y progresiva por la mediacion de la humanidad, nada de gracia sobrenatural que conduzca á la eleccion de unos y á la condenacion de otros, la caridad en su más lata acepcion, como

única condicion de salvacion: tal es, segun los liberales, la verdadera religion cristiana, el cristianismo de Jesucristo.

¿De dónde procede este movimiento que llevará un día á un nuevo cristianismo? Ya hemos dicho en el curso de estos *Estudios* que una protesta no interrumpida acompañó al cristianismo tradicional desde su cuna: ya se negó la divinidad de Jesucristo, ya uno de los dogmas, ya una de las instituciones que tienen su principio en la revelacion milagrosa. La Iglesia rechazó estos ataques como una inspiracion del demonio, y persiguió á los herejes con el hierro y el fuego. Parecía victoriosa de todos sus enemigos en el siglo XVI, cuando estalló la más formidable insurreccion: la cristiandad se dividió entre el protestantismo y el catolicismo. Puede decirse que la Reforma fué desde su origen un movimiento liberal, porque emancipó al Estado y al individuo del yugo de la Iglesia, y se erigió con esto en principio de la libertad moderna. Mantuvo, es verdad, el dogma ortodoxo; pero desde el siglo XVI hubo espíritus intrépidos ó lógicos que traspasaron los límites de la ortodo-

xia. Zuinglio y Socino fueron los primeros iniciadores del protestantismo liberal (1). También hubo espíritus que se aterraron ante un cristianismo entregado á las incertidumbres y á los extravíos de la razón humana, y buscaron apoyo en la Sagrada Escritura, creyendo encontrar en ella una base inquebrantable para la fe. En Lutero y en Calvino había un contrapeso de esa servidumbre de los textos que reemplazaba á la servidumbre de Roma: siendo reformadores no podían querer un cristianismo ortodoxo que les habría hecho volver, por la fuerza de las cosas, al seno de la Iglesia; pero sus sucesores, sobre todo los luteranos, extremaron el estrecho espíritu de los maestros, y el cristianismo se osificó entre sus manos (2).

La reacción era inevitable; prodújose desde luego en el seno de la Iglesia calvinista; los espíritus generosos se asfixiaban en el estrecho círculo de un cristianismo que excluía de la salvación á la inmensa mayoría de los hombres. Ensanchad el cielo: fué el clamor de los calvinistas que, primero en Holanda, después en Inglaterra y en Francia, trataron de adaptar el protestantismo oficial á las necesidades de la humanidad moderna. Un filósofo formuló el nuevo cristianismo que tenía por fin conciliar la fe y la razón, y lo llamó *cristianismo racional*. Locke fué el primero de los deístas ingleses. Ya hemos juzgado en otra parte el deísmo (3) y mostrado la grande influencia que ejerció sobre la filosofía del siglo XVIII. Degeneró ésta, en apariencia, en un movimiento de incredulidad; pero, en realidad, los filósofos del siglo pasado eran más religiosos que nuestros reaccionarios protestantes y católicos, pues que tenían la devoción de los grandes intereses de la humanidad, y dieron prueba en su vida de abnegación y desinterés, es decir, que practicaban la caridad, tal como Jesucristo la predicó con la palabra y el ejemplo. En este sentido eran cristianos; y si hicieron una guerra á muerte á *la infame*, se dirigía á las supersticiones católicas y á la dominación que la Iglesia ejercía sobre las conciencias no al cristianismo de Jesucristo que ellos ignoraban, y que se les daba como idéntico con la caricatura que se ostentaba en Roma.

(1) Véanse los *Estudios sobre la Reforma y sobre las guerras de religión*.

(2) Véase el *Estudio sobre las guerras de religión*.

(3) Véase el *Estudio sobre la filosofía del siglo XVIII y el cristianismo*.

Los sentimientos que inspiraban á la filosofía del siglo XVIII se difundieron por Alemania al mismo tiempo que por Francia. Error sería considerar á los libres pensadores, á los enciclopedistas, como los órganos de un movimiento de impiedad particular de los compatriotas de Voltaire y de Diderot. En primer lugar no fueron impíos; y, además, las ideas que defendían se hallan también en Alemania, tanto entre los protestantes como entre los filósofos, donde si aparecen bajo un aspecto más cristiano, más religioso, en lo cual consiste la superioridad del cristianismo liberal respecto de la incredulidad francesa, son, en cambio, inconsecuentes y contradictorias, como lo es todo movimiento que no se da cuenta del fin á que tiende. Era, en efecto, una transformación del cristianismo, aún del mismo Jesucristo, y los pensadores cristianos del siglo pasado no se habrían atrevido á confesar, ni aún para sí propios, que iban más allá que el Cristo. De aquí su debilidad como órganos de lo porvenir. Prescindamos de las contradicciones y de las inconsecuencias, limitándonos á señalar en el protestantismo alemán del siglo XVIII los gérmenes que se desarrollan en nuestro tiempo, y cuyos frutos sólo verán nuestros descendientes. Ya percibimos la aurora de esa nueva era, que será juntamente una era de fe y de razón, de religión y de libertad.

§ II.—Reimarus, el Fragmentista (1).

Ensanchemos el cielo. Este grito sublime de Diderot era también el sentimiento que inspiraba á un escritor poco conocido fuera de Alemania, pero cuyo nombre y cuyo pensamiento merecen ser vulgarizados. Strauss ha prestado este servicio á la memoria del *Fragmentista*, que, no sólo había quedado largo tiempo oscurecida, sino que era vituperada. Cuando un escritor del vigor del que ha escrito la *Vida de Jesús* se interesa tanto por Reimarus, es indudable que el cliente pertenece á la misma familia que el patrono. Era, en efecto, más libre pensador que cristiano; cumplió en Alemania la misión que Voltaire en Francia: fué un demoleedor. Precisaba demoler la vieja ortodoxia ántes de construir un nuevo edificio; que si hoy pensamos

(1) Se llama REIMARUS, el *Fragmentista*, porque Lessing publicó extractos de su crítica del cristianismo bajo el nombre de *Fragmentos*.

en un cristianismo transformado, se debe á los intrépidos luchadores del siglo pasado, que aplicaron el hacha á las supersticiones seculares, sin retroceder ante ninguna autoridad, por alta que fuese, ni aún ante el nombre de Aquel á quien adoraban todavía sus contemporáneos como Hijo de Dios. Después de todo, su inspiración es la nuestra, sólo difiere la misión: ellos demolían con un placer y un ardor incomparables; hoy el suelo está sembrado de ruinas, y ha llegado la hora de reconstruir.

Reimarus batió en brecha la ciudadela de la fe en nombre de la razón, no porque sea con ésta incompatible la fe, mas porque hay una fe que se dice superior á la razón como revelada por Dios. Esa fe trata de encadenar la razón ántes de que se desarrolle; apenas nacemos nos impone sus cadenas; al recibir el bautismo contraemos una obligación sin tener conciencia de ella, pues que no la tenemos siquiera de nuestro sér; y cuando la razón se despierta y quiere escrutar la fe, la Iglesia le opone el compromiso que ha contraído. Excelente invención para tener por siempre encadenada á la humanidad: tributemos el homenaje de nuestra gratitud á los que han roto esas cadenas. El *Fragmentista* fué uno de esos libertadores: "¿No se podría decir, exclama Reimarus, que los hombres nacen esclavos?" Se les coge en la cuna, haciéndoles prometer quedar fieles á una bandera, cuando todavía no saben hablar; y cuando después quieren romper las cadenas que se les ha impuesto, se los castiga como desertores. Si viniera un enemigo á aprisionarnos mientras estamos dormidos, ¿no tendríamos al despertar el derecho de libertarnos? (1). La hora de despertar ha llegado. En el siglo XVIII el sueño de las masas duraba todavía; sólo algunos centinelas avanzados había despiertos.

Los fieles soñaban en plena vigilia; creían sin pensar; mas en el instante en que el hombre piensa se cae la venda de sus ojos. Reimarus había sido creyente, y no fué jamás incrédulo á la manera de los ateos ó de los materialistas de Francia; pero llegó un día en que despertó de su largo sueño é interrogó á la fe y á la razón. No se hizo esperar la respuesta: la fe tradicional chocaba como de propósito contra el buen sentido y sublevaba el

alma por su implacable rigor. El *Fragmentista* estaba en oración; se le había enseñado que era preciso creer, so pena de condenación, que Dios es uno en tres personas; lo creía de buen grado, pero quería, á lo ménos, que dijera algo á su razón esta creencia, y se esforzaba por comprenderla. ¡Tres personas diferentes, y, sin embargo, las mismas, pues que no forman más que un sér; y la segunda de esas personas, el Hijo, reuniendo además en sí dos naturalezas, una finita, otra infinita, dos voluntades, la una humana, la otra divina! La razón del buen alemán se detiene: "Cuando yo pensaba en Dios, dice, no pensaba ya en las personas divinas; y si me dirigía á una de las personas, las otras dos y Dios mismo se desvanecían. No encontré más que un medio de librarme de esta pesadilla, y fué prescindir de la Trinidad y adorar simplemente á Dios, mi creador y mi bienhechor," (1).

Si Dios es todo bondad, es también todo justicia. La fe ortodoxa provoca en este punto nuevas perplejidades en el alma de Reimarus: enseña que los condenados están sepultados en los fuegos eternos del infierno; ¿y quiénes son estos condenados? Nuestro piadoso alemán leía la Sagrada Escritura y conocía perfectamente la confesión de fe de Augsburgo, así como los comentarios de la doctrina ortodoxa. Las autoridades convienen en decir que la fe en el Cristo es la única condición de salvación; de donde se sigue que todos los que no creen en el Salvador incurren en la condenación eterna. Ahora bien, ¿cómo se puede creer en el Cristo? Sólo habiendo oído la *buen nueva* ó leyendo la Sagrada Escritura; de donde resulta que no habiendo oído hablar del Cristo el noventa y nueve por ciento de los hombres, no pueden creer en él, y serán, por consecuencia, condenados durante una eternidad, después de esta corta vida, sin esperanza alguna ni de enmienda ni de gracia. ¿Y por qué esta cruel justicia? Porque todos los hombres han pecado en Adán y merecido por ello la muerte eterna. Ese odio que el Creador profesa á sus criaturas, esa sed de venganza que no se extingue durante toda la eternidad, le parecieron á Reimarus en flagrante oposición con la perfección que debemos suponer en Dios. El Dios de la fe or-

(1) DAVID FRIEDRICH STRAUSS, *Hermann Samuel Reimarus und seine Schutzschrift für die vernünftigen Verehrer Gottes* (1862), p. 46.

(1) DAVID FRIEDRICH STRAUSS, *Hermann Samuel Reimarus und seine Schutzschrift für die vernünftigen Verehrer Gottes* (1862), p. 32.